

SEBASTIÁN ROYO

El espectacular crecimiento del déficit presupuestario y la situación del sistema de pensiones son bombas de relojería en la economía de EE UU, según el autor, quien analiza las soluciones que el programa económico de George Bush plantea para resolver estos problemas



El programa de un conservador compasivo

La economía norteamericana ha demostrado una gran resistencia frente a las incertidumbres geopolíticas, la guerra de Irak, y el crecimiento espectacular del precio del petróleo durante el último año (que ha alcanzado más de 50 dólares por barril). Sin embargo, la guerra de Irak y la situación económica han sido los dos temas estrella que centraron la confrontación dialéctica entre los candidatos Bush y Kerry en los tres debates presidenciales. Kerry ha repetido machaconamente que la recuperación económica actual está siendo la más débil en términos de creación de empleo desde la Gran Depresión, y ha criticado duramente la explosión del déficit presupuestario.

George W. Bush llegó a la presidencia en un momento en que la economía norteamericana estaba entrando en recesión por el pinchazo de la burbuja tecnológica. El ataque terrorista del 11-S profundizó esta crisis y generó nuevas incertidumbres que tuvieron un serio impacto económico.

Esta situación proporcionó un contexto más favorable para la aprobación de los planes de reducción de impuestos que Bush había prometido en el curso de la campaña electoral de 2000. La consiguiente reactivación de la economía, que ha crecido un 4,9% en el último año, y la reducción del desempleo (5,5%) ha validado a los ojos de los republicanos estas políticas y ha dado nuevas alas a la cam-

paña electoral del presidente.

Sin embargo, los datos de la recuperación no le han servido de gran ayuda entre votantes indecisos que siguen muy preocupados por sus perspectivas laborales marcadas por el temor a las deslocalizaciones. Bush se ha encontrado a la defensiva tratando de responder a estos ataques y proponiendo soluciones a estos problemas. Su plan económico se centra en tres objetivos fundamentales: la eliminación del déficit en los próximos cuatro años, la reforma del sistema impositivo federal y la aprobación permanente de los recortes impositivos, y por último, la modificación del sistema de pensiones.

El crecimiento espectacular del déficit presupuestario ha abierto un importante flanco de ataque contra la Administración de Bush. El presidente heredó un superávit presupuestario de Clinton de 236.000 millones de dólares que desapareció rápidamente (en la actualidad hay un déficit de 415.000 millones). Esta explosión del déficit es el resultado de la crisis económica, las bajadas de impuestos, y el aumento espectacular del gasto desde 2001, sobre todo en las partidas de defensa (8,9%), seguridad interior (10,7%) y gasto discrecional (11,9%).

Ante esta situación, Bush se ha comprometido a eliminar el déficit estableciendo controles más estrictos en gastos, resucitando legislación de los noventa que vinculaba los aumentos



ÁNGEL NAVAS

del gasto público a disponibilidad de fondos, y aumentando los ingresos por el crecimiento económico.

Este objetivo se hará más difícil si cumple el segundo compromiso de su programa: extender permanentemente los bajadas de impuestos que se aprobaron en los últimos años, algunos de los cuales expirarán en 2009, y hacer reformas fiscales profundas (aunque no ha dado detalles específicos sobre esta última propuesta).

El presidente Bush sigue prometiendo bajadas de impuestos y aumentos de gastos y los números no cuadran. Además, el terrible récord del Congreso de EE UU que se resiste a controlar el gasto público, la negativa de Bush a tener en cuenta otros costes (como los de la guerra de Irak) a la hora de hacer sus proyecciones económicas, y el impacto en el crecimiento de las subidas de los precios del petróleo, no

Los votantes indecisos de EE UU están muy preocupados por sus perspectivas laborales, marcadas por el temor a las deslocalizaciones

contribuyen a la credibilidad del compromiso de reducir el déficit (muchos economistas estiman que se mantendrá en los próximos años en torno al 3%-4% del PIB).

El último eje del programa económico de Bush es la reforma del sistema de pensiones. Según muchos analistas la situación actual es una bomba de relojería. La Oficina Presupuestaria del Congreso de EE UU ha proyectado que los costes en pensiones y en programas de salud aumentarán desde un 8% del PIB actual hasta un 12%-17% en 2030. De acuerdo con el último libro del antiguo secretario de Comercio de Nixon, Peter G. Peterson (*Running on Empty*), las obligaciones financieras de los programas de Seguridad Social y Medicare son superiores al valor neto actual de la economía de EE UU, lo que requiere a corto plazo un aumento significativo de los impuestos o/y una reducción de los beneficios.

Bush, que evita reconocer la magnitud del problema, ha propuesto reformar el sistema de Seguridad Social y ha repetido su plan de 2000 de introducir cuentas personales de pensiones que permitan a los trabajadores más jóvenes depositar parte de sus contribuciones fuera del sistema público de Seguridad Social. Desafortunadamente, el presidente no ha dado detalles específicos de cómo financiaría los enormes costes de transición estimados en billones de dólares.

Profesor en el Departamento de Gobierno de la Universidad de Suffolk, en Boston, y codirector del Seminario de Estudios Ibéricos del Centro de Estudios Europeos de la Universidad de Harvard

JOSÉ MEDINA

Radiografía del liderazgo destructivo

El paseo por el horror y la muerte que estamos presenciando en Palestina nos invita a la reflexión sobre un liderazgo que llamamos destructivo. Conflictos, situaciones límite, odios y ambiciones que ciegan la razón y legalizan lo perverso, no sólo pertenecen al mundo de la guerra y la política, sino a veces también al de las organizaciones. El escenario puede variar, y la vestimenta. Pero, al final, el protagonista es el ser humano, con todas sus grandezas y miserias.

Existen en las organizaciones y en sus líderes patrones de actuación frecuentemente ligados al éxito y a la eficacia. Y otros ligados a la ineficiencia, al fracaso y, a veces, hasta a la propia destrucción del líder y de la organización. Explorar esto puede ayudar a un diagnóstico del estilo de liderazgo de Ariel Sharon.

El carácter de un líder está basado en tres firmes pilares de fuerzas: 1, motivos y ambiciones; 2, competencias y

experiencia, y 3, integridad, ética, moral y valores.

Los tres son necesarios para un auténtico liderazgo y han de estar equilibrados. De lo contrario, el taburete no se sostiene y aparece un pseudoliderazgo, disfuncional y de resultados negativos. Un líder sólo con motivos y ambiciones y sin competencias e integridad da lugar a un demagogo. Un líder sólo con competencias, sin motivos ni integridad, es un tecnócrata. Y, finalmente, un líder con motivos y ambiciones, competencias y experiencia, pero sin integridad y ética es un trepador destructivo.

El perfil de Sharon, como el de Hitler en la Alemania nazi o el de Milosevic en Serbia, se asemeja al trepador destructivo, con dosis de demagogo, según valoremos sus competencias y experiencia. Este liderazgo es de los que peores consecuencias acarrea a la organización.

¿Cómo brota y cómo es este liderazgo destructivo?

- Surge como *salvador u hombre fuerte* de una emergencia, fracaso o crisis de una empresa o un país. Invadida por el miedo, la organización entrega el poder a un líder autoritario, en quien ilusoriamente se apaciguan los fantasmas de miedo y temores. Así ocurrió con la elección de Sharon, tras el lamentable fracaso de Camp David entre Clinton, Barak y Arafat.

- *Destruye* el problema, no lo resuelve. El hombre fuerte *resuelve* el problema eliminando y destruyendo, como elefante en cacharrería, todo lo que hay alrededor. Practica la solución definitiva de "la operación ha sido un éxito: el paciente ha muerto." Con el tiempo, su papel va pasando de salvador a verdugo y finalmente víctima de quienes iba a salvar y le eligieron.

- Dice gestionar el caos y genera caos con su gestión. Cada problema que dice resolver origina, por lo menos, uno nuevo. Busca o provoca situaciones que puedan jus-

tificar su conducta destructiva, la única que sabe. Así ocurrió hace años, cuando Sharon visitó la Mezquita de Al-Aksa llevando un "mensaje de paz". Esto marcó el comienzo de la segunda intifada. Igualmente, tras el 11-S, invadió Gaza con sus tanques.

- Practica la política de hechos consumados, que utiliza después como moneda de trueque para negociar otros desmanes menores y difuminar con cortina de humo la fechoría principal. Hitler era maestro en este arte. Los demás van a remolque de los hechos. Las demandas de investigación por la ONU y otras instituciones de derechos humanos han quedado hasta ahora en el olvido, gracias al veto de EE UU y a su carta blanca para Israel.

- Énfasis en el poder y la violencia. Su éxito no es sólo vencer al contrario, sino destruirle. Esta convicción es el combustible de la espiral del conflicto. Su obsesión es ganar por KO. Descarta opciones ne-

gociadas de *ganar a los pun-tos*: nada de *gana-gana*. Busca el *gana-pierde* y obtiene el *pierde-pierde* al final.

- Busca continuamente enemigos y los encuentra. No puede vivir sin ellos, pues son su alimento. No se preocupa apenas de anticipar o prever las consecuencias de sus acciones. Ningún liderazgo destructivo tiene planes de futuro, ya que sólo necesita crisis para sobrevivir.

- Se sirve del puesto más que servir al puesto. Sólo busca el poder, sin recabar en medios. No sirve a su empresa o a ciudadanos. Se sirve de ellos y los utiliza para sus fines.

- Repite experiencias y no aprende de la experiencia. El líder que aprende de la experiencia convierte sus puntos débiles en puntos de crecimiento. El que sólo repite experiencias convierte sus puntos débiles en fisuras cada vez mayores. Sharon repite en Gaza y Cisjordania sus masacres anteriores de Yenin y las de Shabra y Shatila en Líbano.

- Alta necesidad de autoafirmación y baja autoestima. Nada hay más peligroso para una organización que un líder con altas necesidades de autoafirmación y reconocimiento. Son intentos compulsivos de mejorar y afianzar su pobre autoimagen, muy ligados a una baja autoestima y desprecio inconsciente de sí mismo y del ser humano.

En deporte, en política y en la vida se puede ganar o perder sin destruir al otro. Al menos en eso se diferencian de la guerra. Para el líder destructivo no hay distingos. Todo son guerras donde el oponente es el enemigo a destruir. Este proceso de destrucción culmina casi siempre con la del propio líder, tras dañar seriamente a su propia organización o país. El camino de Sharon es muy parecido al que, en su tiempo, siguieron otros líderes destructivos. El desenlace está por ver.

Presidente de Ray & Berndtson